

Estimado Angel:

He leído con interés tu reseña histórica sobre los abordajes “terapéuticos” de la sordera, habiéndome llamado una vez más la atención la inveterada costumbre humana de cambiar las palabras para hacer creer que se cambia la realidad, o de intentar ocultar más que mostrar esa realidad. Y lo peor es que todos esos malabarismos lexicales, en el caso de la sordera, parecen terminar convergiendo en la triste denominación de “personas con discapacidad auditiva”. En ese orden de ideas, no nos debe llamar la atención si a los pobres comienzan a llamarlos “personas con discapacidad monetaria”...

Pero mi comentario no se refiere a tu bien documentado artículo sino al inesperado final. Me parece muy acertada la descripción que haces de una de las metas más caras de una tendencia secular de nuestras sociedades como es la intolerancia, en términos de “invisibilidad”. ¡Fuera de nuestra vista los gordos, los feos, los tristes, los inconformes, los conflictivos, los miserables, los deformes! ¡Seamos originales, únicos, todos felices y contentos!...

Y sí, la invisibilidad, que es un atributo del sordo mientras no hable (ni con palabras ni con señas), ahora se alcanzaría con los implantes cocleares. Yo espero que pueda suceder algo así, y lo comento extensamente en mi artículo que está en la sección Temas de Cultura Sorda: *“Una especie en peligro de extinción”*. En efecto, si los implantes cocleares realizados cada vez más tempranamente, con prótesis cada vez más sofisticadas y con menores riesgos quirúrgicos hacen que los lactantes sordos puedan aprovechar el input auditivo para desarrollar el lenguaje, es evidente que esos niños utilizarán gustosos la lengua oral. Pero... y esto es muy importante, el tiempo – y sobre todo los propios usuarios - dirán si esa segunda lengua (la oral) satisface **todas** (¡Caveat! Digo todas y no casi todas) sus necesidades comunicacionales, porque de no hacerlo, siempre los implantados buscarán una lengua en la que puedan tener una competencia plena, podrían recurrir a la lengua de señas, que como lengua nativa sí podría funcionar eficazmente en tal sentido (digo podría, porque dependerá de la calidad del entorno lingüístico de señas en que se desenvuelvan los niños sordos implantados).

Hasta aquí podríamos estar de acuerdo. Pero me surgen discrepancias en torno a dos o tres afirmaciones tuyas, a saber:

1) Un 80 por ciento de resultados supongo que “exitosos” (aunque haría falta precisar los criterios que se utilizan para tal calificación), *para un médico se trata de un éxito rotundo*. Por favor, no metas a los médicos en un asunto del que son absolutamente ignorantes. Te lo digo como persona común y corriente, y también como médico pediatra que soy.

2) *Para un lingüista, esto significa, por una parte, la necesidad de mejorar los tratamientos logopédicos que serán necesarios...* No, nada de eso; desde el momento en que el aporte de los implantes requiera un tratamiento logopédico (un encarnizamiento terapéutico, como alguien ha dicho acertadamente) ya la adquisición del lenguaje no será natural, y con más razón será imprescindible que los sordos dispongan de una lengua plena que, una vez más lo pongo en condicional, podría ser la lengua de señas natural.

3) *Que las lenguas de señas pasarán a ser otras lenguas muertas más*. Esto sí sería de lamentar para muchos lingüistas que han hecho de la descripción de las

configuraciones, de la ubicación espacial y de los movimientos de las manos de los sordos cuando hablan una lucrativa profesión.

Por supuesto que en el caso de que las lenguas de señas no satisfagan las necesidades de sus usuarios, pasarán irremediablemente a engrosar las filas de lenguas muertas. Y de eso no las salvará nadie, absolutamente nadie. Por eso es que me pregunto - y no tengo una respuesta definitiva – en qué medida la lengua oral aprendida a través de los implantes satisfacen plenamente las necesidades comunicacionales, no sólo cognitivas sino también afectivas y emocionales, de sus usuarios. Porque si la lengua oral “protésicamente” adquirida es casi plena, pero no totalmente plena, se estaría cometiendo lo que yo llamo un genocidio intelectual, al no ofrecerles a los sordos un ambiente en que puedan afirmar su identidad sorda (o implantada si queréis), pero no simplemente oyente.

Por último, no entiendo bien la anécdota que se atribuye a Roger Bacon. No debemos temerle a la tecnología, porque para bien o para mal, nos tiene en sus brazos... Asimismo cuenta que en un futuro impreciso la humanidad estaba a punto de desaparecer por razones de entropía. El planeta más que congelarse parecía evaporarse, y un selecto y ya reducido grupo de científicos alimentaba a las más poderosas computadoras para que hallasen la solución al problema. Las máquinas que en un principio ocupaban varias hectáreas se iban contrayendo a un par de metros cuadrados, y máquinas de las siguientes generaciones ocupaban el espacio inicial. Al cabo de un tiempo, los científicos – junto con el resto de la humanidad – desaparecieron. Pero las máquinas siguieron trabajando, de modo que al cabo de no se sabe cuánto tiempo – ni siquiera si ese lapso era medible en términos de tiempo – las computadoras encontraron la solución. En medio de la oscuridad y del silencio más profundos, se oyó una voz que dijo: “¡Hágase la luz!” Y la luz se hizo.

Espero haber sido capaz de exponer con un mínimo de claridad mis ideas, y quedo a tu disposición para mantener un diálogo productivo.

Recibe un saludo afectuoso

Dr. Carlos Sánchez

E-mail: mg588017@gmail.com

Mérida, Venezuela, 3 de enero de 2010

PS: Le estoy enviando copia de esta carta a Viviana Burad, por si quiere publicarla en Cultura Sorda como comentario a tu artículo. Chau